

nes ruidos y mal forjados, pero lirantes en demasia; chaleco siempre abotonado hasta el pescuezo y atravesado por una cadenilla que perdió ya sus pretensiones á parecer de oro por estar patente el cobre hasta para los cortos de vista, y de la cual pende, no un reloj, porque este mueble ha caído en desuso entre los aspirantes al *gran tono*, sino un lente para flechar con gracia y donaire cuanto le parece digno de llamar su atención; ved el retrato del bueno de D. Claudio. Cuando por las tardes ha caído un poco el sol, y los elegantes de ambos sexos comienzan á poblar, á pié, á caballo y en coche, las calles de la Alameda y del Paseo Nuevo, aparece D. Claudio, andando con paso mesurado, y con las manos metidas en el *seudo-paletot*, como es uso, y tarareando una canción, que el querria fuese de una *grande ópera*, y que en la realidad no es sino la revelación manifiesta de que plugo al cielo dotarle de voz chillona y pésimas orejas. Pasa rápido un coche, que no es simon por supuesto, y D. Claudio vibrando su mano forrada en un guante de hilo maltrecho por el tiempo y por el uso, y con una profunda caravana, saluda al rico propietario ó á las encumbradas damas que van haciendo gala de sus lozanos caballos, y que no le contestaron su saludo: seguramente no le vieron. Pasa otro del mismo jaez, repite D. Claudio los cumplimientos y las niñas inclinan ligeramente la cabeza y comienzan á reír con bastante gana.—Quiénes son? le pregunta un viejo calvatuero que está tomando fresco debajo de un álamo.—Ja ja ja, contesta D. Claudio, que tiene siempre la risa en los labios; las hijas del ex-conde de Z.... oh! si nos criamos juntos!

—Quiénes? V. y el conde?

—No, hombre; las muchachas y yo. No observó V. cómo reían al verme?

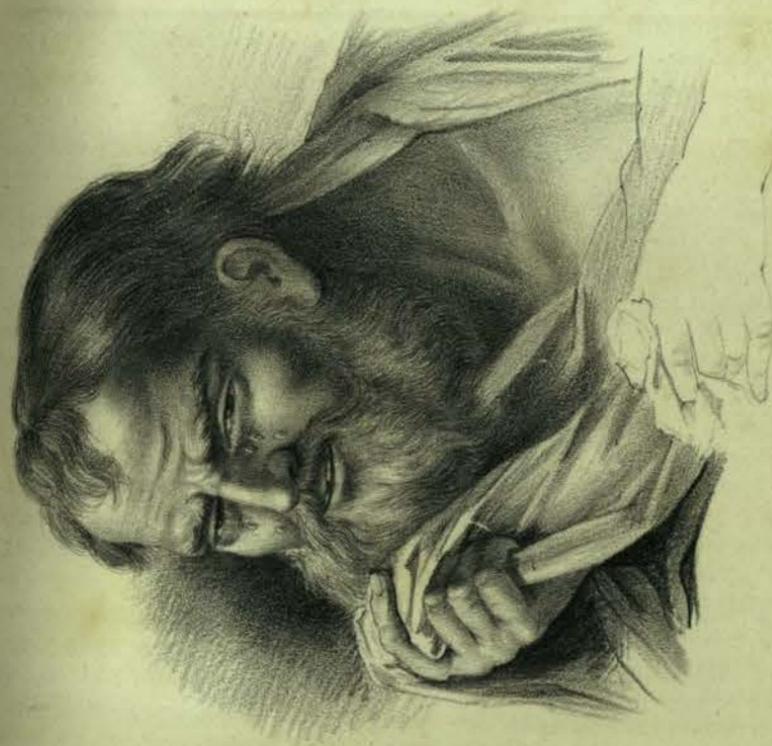
—Y con justicia, reponé sonriendo el viejo socarrón que conoce bien el menguado cerebro de D. Claudio; este prosigue su camino; y en saludar á cuantos pasan en buen coche ó en arrogante caballo, examinar á todos el lente, trabar del brazo á los elegantes, quienes le profesan amistad á un necio á cuyo lado pueden pasar muchos de ellos por racionales, y en ir y venir, pasa la tarde y da la vuelta al Café, con Enrique el perfumado elegante á quien toca esa noche costear el helado. (El lector entenderá desde luego, que nunca le toca á D. Claudio).

Mas las campanas del convento de S. Agustín atruenan los oídos; los cohetes y los *pedreros* se suceden sin intermision, los muchachos gri-

tan, corren y se agolpan á la portería, y todo es confusion, y apretones, y algazara. Yo, que soy curioso como cualquiera, y además, como dino, viendo que no puedo acercarme sin ser bien magullado, pregunto la causa de aquel alboroto, y sé que la comunidad de S. Agustín ha bajado á dejar á los convidados, que asistieron á la toma de posesion del nuevo Provincial. De pronto, atravesando por en medio de la multitud, y con las narices untadas de gragea, y los carrillos de polvo de azúcar, cual raton que acaba de salir de entre la harina, va á mi encuentro D. Claudio, empuñando con ambas manos un pañuelo preñado de mamonés y rosquetes, confites y almendras cubiertas, y con el sombrero y la levita llenos de flores artificiales que ostenta ufano, como otros tantos trofeos gastronómicos.—V. gusta? me dice con voz hueca, sin que falte su acostumbrada risa.—Mil gracias—grandísimo animal, prosigo murmurando entre dientes, y él se aleja sosteniendo trabajosamente el pesado botín que supo ganar en la batalla de glotonería, en que lucieron su denuedo, tantos viejos de rosario de cuentas gordas en el cuello, librito de oraciones en el bolsillo, y entrañas de ligre y uñas de gavilán, para con los infelices á quienes prestan con dos reales en el peso, y á los cuales les roban las prendas siempre que pueden; y tantos jovencitos imbéciles, y buenos comedores, que se nutren bien, para ser con el tiempo el *robusto* apoyo de su patria.

Las ocho: voy atravesando el átrio de la Catedral, y llama mi atención una hilera de coches, frente á la puerta del Sagrario; multitud de muchachos y de pordioseros aguardan en la puerta á los padrinos para recibir el *bolo*, que por fin les reparte, aunque no de lo suyo, un quidam, chiquitillo y ágil, que aparece con el sombrero sumido hasta las cejas, y dejando flotar en el aire los faldones de su levita. ¡Quién ha de ser! D. Claudio.

Si encuentro en la calle alguna procesion, lo primero que veo es á nuestro héroe armado de su correspondiente vela (y su inseparable lente, pasando revista de todos los balcones; si entro en un Café, una palmada en el hombro me avisa que al volver la cara he de hallarme con él; si voy á misa, allí está, y si me propongo oír cinco, estoy seguro de mirarlo en todas; si voy á un baile (en que nada se pague) en el primer wals, en la primera contradanza, figura mi hombre, á no ser que se hayan negado todas las señoras á bailar con él; en fin, tengo la desdicha de que ese ente diabladado, no me deje á sol ni á sombra.



Haracito.



Demócrito.

Vasee Mente me.

Así me quejaba con un amigo cierto día, y él me respondió; hermano, el desgraciado no eres tu solo, sino todo habitante de México, pues no hay persona que no se queje de encontrarlo, por lo ménos seis veces al día; y para que confirmes mas y mas esta verdad, te contaré un suceso que me acaeció hará dos semanas. Monté á caballo, y me dirijí á Tacubaya; mas en el camino tuve que acudir al ruido de unas voces lastimeras que demandaban socorro, y que se ahogaban entre los ladridos de muchos perros; llego, y encuentro al pobre de D. Claudio, nugando por desasirse de un can maldito que le tenia afianzado de la casaca, con los an-

tejos y el sombrero en el suelo, y temiendo que por momentos le acribillaran los demas perros que acompañaban al que lo tenia bajo su jurisdicción. Con mil trabajos logré que el mastin soltara su presa, aunque haciéndole un largo giron á la pobre casaca; respiró D. Claudio en cuanto se vió libre de su fiero adversario, dióme las gracias, y se vino con el faldon enredado en el brazo y murmurando su canción de costumbre.

Acabó mi amigo, y me convencí de que está de Dios que encuentre yo á D. Claudio por todas partes.—EL LIC. VIDRIERA.

HERACLITO

Y DEMOCRITO.

Es achaque de filosofia tengo para mi por cierto y verdadero y evidente é indudable, que el mas filósofo es el que filosofa ménos, y esto he llegado á aprenderlo despues de largas y terribles meditaciones filosóficas. De aquí es que el método, ó sea sistema que mas me agrada, es el sistema de la buena vida y el método de la holganza; y firme en mis principios, me sostengo contra todos los que me contradigan, que sé de cierto que ellos nada saben en achaque de holgorio y de buen gusto; y esto aunque me pongan por ejemplo al tristísimo Heráclito, que es como si dijéramos que me ponian de ejemplo á todos los escritores y filósofos llorosos y llorones de todas las épocas, incluso los románticos. Porque, diga V., ¿qué fruto le sacaba el buen anciano á su cara rugosa y á sus ojos viejos y preñados siempre de lágrimas? Nada, sino ponerse feo y chusco y con una cara de ascos que es una gloria, y que á creer á la estampa ó si quier retrato, es cara de vieja regañona á quien se ha muerto el último nietecillo de quien ella tenia esperanzas de que fuera músico ú orador ó poeta, ó al ménos artillero, cuando habia nacido sordo-mudo y sin ojos y manco. Y en verdad sea dicho, que el tal Heráclito, á pesar de sus muchos años y de la experiencia que á tan larga vida es consiguiente,

segun me predica una tia sexagenaria, que ya no puede tener mas prentensiones que de experimentada, era un hombre medio sabio y media necio; figúreselo V. al pobre comiendo raíces y bebiendo agua pura, viviendo allá á lo léjos y zampuzado en no sé qué breñales, que no parecia sino animal fiero y regañon: figúrese al buen hombre echando la culpa á los demás hombres porque hacian necedades y tonterias, y porque no eran tan buenos como el santo varon se habia imaginado que habian de ser, sin acordarse de que el mundo era mundo, y los hombres hombres, y mugeres las mugeres, y niños los que tenian pocos años; y empeñado en corregirlos á fuerza de lloros, que maldito el gusto que le han de haber dado, siendo lo mas curioso del caso, que con derramar tantas lágrimas, que parecian mares sus ojos, hubo de morir hidrópico, que cierto es cosa admirable porque para tanto llorar debió de convertirse el todo de su cuerpo y el mismísimo filósofo Heráclito en lágrimas, vaciando su piel que el sol de esos mundos tendria bien seca, de toda clase de humores acuos que pudieran debilitar sus vasos. Pero en fin, el lloroso vejete hubo de morir sin vivir mucho que digamos sin dejar mas que unos libros que escribió, inútiles de puro oscuros, segun

asientan autores de nota; bien que es fama que era afecto á hablar por enigmas el triste anciano, del cual se cuenta que habiéndose entrado por la ciudad á consultar á los médicos en tiempo en que ya estaba enfermo, les preguntó gimiendo y llorando y sollozando, segun entiendo, si podrian cambiar el tiempo húmedo en seco; y oyendo que no alcanzaba á tanto (aunque yo creo que á nada alcanza) el poder de la medicina, les contestó con aire sentencioso y grave quizá, que entónces ya no los habia menester; despues de lo cual, volviése á la huronera y se zambulló en un *mare magnum* de estiercol para morir con honores de lombriz. ¡Puf y que mal gusto tuvo el hombre! Vea V. que remedio tan desagradable fué á escoger, porque por tal lo tomó; de donde yo colijo que no debia de tener el mismo gusto que yo, que soy afecto á los blandos lechos y á los siropes y á las pastillas, todo por medicamento se entiende, lo que juzgo le sucederá á V. y á todo hijo de vecino, sin que se crea que hablo con esos que tienen la humorada de cortarse una pierna ó un brazo, ó las dos piernas y los dos brazos, que algunos de este jaez he visto. Y con esto y con no ser útil para nada, dobló la *esfigies* el lloroso anciano y aquí acabó la historia de uno de los maestros de los maestros de nuestros maestros; por que yo me sospecho que nada nuevo se ha hecho en artículo de filosofía, sino copiar y discurrir con poco ó mucho donaire sobre el tema que nos dejaron los pobres hijos de Adán que en aquellos tiempos vivieron y murieron.

Por cuyas razones ó motivos y discutida sabiamente la cosa he venido en acomodarme ya que es forzoso que cada hijo de madre tenga su filosofía, á la filosofía del buen Demócrito que es el reverso de la medalla. No hay mas que vea V. la estampa. ¡Oh, y que cara de gozo que parece una pascuas! ¡Diga V. si con tal aire no cautivaré mi corozon y mas cuando sé que el chusquisimo y graciosísimo filósofo hubo de vivir 110 años, lo que no consiguió el Heráclito y lo que en mi concepto es cosa muy agradable, porque 110 años son lo mismo que ciento y diez años; ya V. me comprende. Y luego me parece muy buen negocio reir de todo como él lo hacia, diciendo que todas las obras de los hombres eran locuras; y le salió tan bien su sistema, que llegó, segun dicen autores graves, á distinguir cosas muy confusas, es á saber que alcanzó á conocer la inmortalidad del alma, descubrimiento admirable en su tiempo, y era tan entendido en achaque de cosas humanas, que aseguran los escritores que llevo dichos, á cuya autoridad me refiero, que

presentándole un dia una pocion de leche, dijo el filosofillo, que la leche era de una cabra negra que no habia parido mas que una vez, lo que salió cierto; y en cierta ocasion encontrando á una su conocida le dijo á Dios doncella, y tornándola á encontrar al siguiente dia la saludó diciendo „á Dios dueña” y fué cosa averiguada que la tal conocida en el intermedio de los saludos filosóficos, de doncella convirtiése en dueña, y aunque esto no me hace tanta gracia porque *veteranos* he visto que pretenden hacer esta adivinacion, cierto es cosa admirable, por lo cual soy sectario de Demócrito; mas como yo tengo mi cabeza y élla suya, no estoy de acuerdo con él, en eso de la miel por dentro y aceite por fuera, porque eso de aceites por fuera no me acomoda mucho; ni menos convengo en quebrarme los ojos como dicen que él hizo, porque los ojos son muy filosóficos y sirven para ver á las bellas, cosa que él aborreció y por cuya causa se hizo ciego, en lo que no anduvo muy cuerdo, á lo menos segun mi parecer, porque es puntualmente una de las grandes razones que yo tendria para no quebrarme los ojos, es á saber quedarme sin ver á las hermosuras vivas que se pasean por esos mundos. Mucho ménos convengo con él en lo de contar las locuras de los hombres por los dedos, como muestra la estampa ó retrato adjunto, porque sobre ser mal método de contabilidad, ese modo es trabajo bien pesado y no es muy afecto al trabajo el comodín.—ANÓNIMO.

~~~~~  
 Cuando reflexiono, dice Diógenes Laercio, en las ciencias y artes observó que el hombre es casi igual á los dioses; mas cuando considero la supersticion, lo juzgo inferior á los brutos.

Las malas traducciones son como el revés de las alfombras que nos presenta la imagen estampada en ellas, pero tan borrosa y confusa que aun se duda si es la misma.

Se preguntaba á Zenon, si el amor se estendia á los sabios, y contestó, “Muy desgraciadas serian las bellas, si el caudal de sus triunfos solo se compusiese de los necios, gente que ni sabe amar, ni deja de aborrecer.”

Fastidiado el Emperador Segismundo de las adulaciones de un palaciego, le dió una fuerte bofetada. El adúlador le preguntó: ¿Porqué me hieres?—*Porque tú me muerdes, y la defensa es natural.*

El que á alguna obra da principio, tiene mucho mas de la mitad de ella.

## DESCRIPCION Y USO

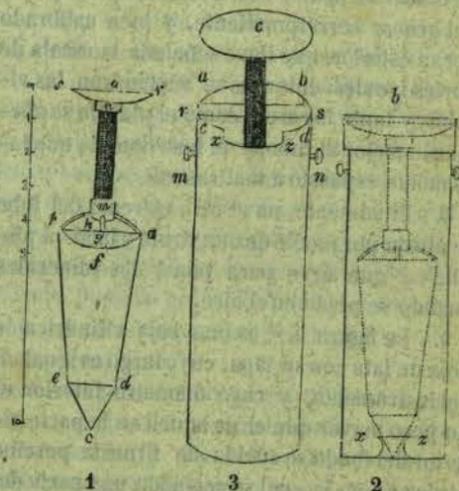
# DE UN NUEVO GRAVIMETRO

INVENTADO

POR J. M. BUSTAMANTE.<sup>(1)</sup>

1. Se sabe que para usar la balanza de Nicholson es necesaria una coleccion de pesitos muy bien arreglados, y que exige sumergirla en el agua hasta un mismo punto, esto es, colocarla en su indice tres veces durante la operacion; para esto es necesario ir al tanteo, añadiendo ó quitando pesitos, segun que aquel punto está encima ó debajo del nivel del agua, cuyo procedimiento es largo: ademas, en los viages, en que generalmente se carece de las comodidades que se tienen en el gabinete, es muy fácil perder alguna de las pesitas del granatario, con lo cual se inutiliza un instrumento tan necesario al mineralogista viajero; para evitar estos inconvenientes, facilitar el transporte de la balanza, y simplificar la operacion, me sirvo del instrumento representado en el adjunto grabado, que da muy facilmente los datos necesarios para calcular el peso específico de los minerales, sin necesidad de pesos, y con bastante exactitud.

2. La parte *acb* del instrumento, que puede ser de hoja de lata, de laton etc., se compone de dos conos inversos, huecos y unidos en *de*, como



indica la figura 1, cuya base ó tapa es un platillo cóncavo *afb* que sirve para recibir los minerales cuando se pesan en el agua: antes de soldar este platillo se lastra el instrumento, esto es, se echa en su interior una cantidad de plomo, tal, que baste á sumergirlo en el agua, hasta muy cerca de la base *ab*. El lastre puede ser de plomo fundido, de granalla ó de per-

(1) Tenemos la satisfaccion de insertar este artículo, escrito por mi maestro, el Sr. D. Andres del Rio, conocido en el mundo literario por sus trabajos científicos y por sus obras de Orictognosia y Geología, tan útiles á los mineros y á todos los amantes de las ciencias, y que bastará cualquiera de ellas para inmortalizar el nombre de un ilustre autor, de ese hombre sabio y virtuoso como Franklin, querido y respetado por todos los mexicanos, por todos los que conocen su mérito y saben que su vida sin mancha, la ha consagrado entera al estudio y al trabajo, con poquísimas utilidades pecuniarias, solo por tener la envidiable satisfaccion de servir á nuestra República, difundiendo entre sus hijos esos conocimientos sólidos y llenos de prestigio, para los que saben comprenderlos, los conocimientos científicos, que influyen de una manera tan directa en el adelantamiento de las sociedades y en la felicidad de las naciones.

Bastaria decir que el artículo que nos ocupa, que publicamos con el consentimiento de su autor, es escrito por el Sr. del Rio, para que se le apreciara en su verdadero valor, si á este título respetable de estimacion no se agregara el de tratarse en él de una invencion hecha por uno de nuestros compatriotas, por D. J. M. Bustamante, jóven mineralogista, cuya temprana muerte siempre lamentarán las ciencias, que tanto tenian que esperar de su talento y dedicacion. Aun á este nuevo título de aprecio se agrega todavía el de tratarse de un instrumento utilísimo al mineralogista, al fisico, al viajero y á toda persona estudiosa y aplicada.

Sabemos que este artículo pertenece á varias memorias interesantes con que el Sr. del Rio trata de enriquecer la segunda edicion de su obra de Orictognosia, que piensa reimprimir corregida y aumentada, obra utilísima, como ya indicamos, y cuyo mérito nadie ha puesto en duda; pero que exige algunas correcciones indispensables, porque el adelantamiento de las ciencias ha sido extraordinariamente rápido en estos últimos tiempos, y la obra del Sr. del Rio tiene catorce años de imprenta.

México marzo 9 de 1844.

digones delgados; en el primer caso se pega y adapta muy bien á las paredes del cono inferior, pero en los otros dos es necesario sujetarlo con una tapa de hoja de lata al mismo cono, con lo cual no varia de lugar, y se conserva siempre en la parte mas baja.

3. En cuatro puntos de esta base opuestos en ángulo recto, se sueldan dos arcos de alambre *ab* y *gh*, que atraviesan y sostienen la virola *m*, la cual recibe el extremo de un tubo de cristal *mn*, que se afirma con lacre: en el interior del tubo se coloca una escala de líneas de milímetro, ó de partes iguales arbitrarias, trazada en papel, y cuyas divisiones se cuentan desde cero de abajo á arriba. En vez del tubo de cristal se podría usar uno de latón ó plata, del grueso correspondiente, y bien calibrado por su exterior, que lleve señalada la escala de partes iguales: entónces se suprimirán las virolas, y tanto los arcos como el platillo se afirmarán mejor al tubo, y el instrumento quedará ménos espuesto á maltratarse.

4. Finalmente, en el otro extremo del tubo se ajusta por medio de una virola y lacre el platillo *rs*, que sirve para poner los minerales cuando se pesan en el aire.

5. La figura 2.<sup>a</sup> es una caja cilindrica de hoja de lata con su tapa, cuyo largo es igual al del instrumento, y cuyo diámetro interior es un poco mayor que el de aquel: en la parte inferior del fondo se suelda de firme la porción cónica *xx*, en la cual se acomoda una parte del cono *dec*, y como el diámetro del platillo superior debe ser muy poco ménor que el de la caja, el instrumento se coloca adentro sin que tenga movimiento que lo pueda deteriorar; así es que se transporta con mucha comodidad y seguridad. Esta caja es tambien la mejor vasija para usarlo, porque se echa en ella la cantidad de agua suficiente, para que sumergiendo á fuerza todo el instrumento, llegue solo á su borde sin derramarse.

6. Cuando se pone el instrumento en el agua y se deja en libertad, solo se sumerge hasta muy cerca de la base *ab*, como hemos dicho, y es necesario para que el cero de la escala llegue al nivel del agua, cargar el platillo superior con granalla de plomo, con perdigones, ó mejor con una chapita de plomo, cuyo peso se ajusta de una vez, para que siempre produzca una inmersión precisamente hasta el punto indicado, y esta nueva carga la llamaremos *peso adicional*.

7. Si estando en este estado ponemos en el platillo un cuerpo cualquiera, la inmersión es tanto mas grande, cuanto mayor es el peso del

cuerpo, y no hay duda que este nuevo peso equivale *al de un cilindro de agua igual á la porción del tubo que ha hecho sumergir*, porque el espacio que esta ocupa en el líquido, es igual al que ocupaba el cilindro de agua que desalojó, y el esfuerzo del líquido para sostenerla, es tambien igual al que hace el peso del cuerpo para tener sumergida aquella porción de tubo: así pues, si el instrumento se sumerge una de las divisiones de la escala, podemos decir que el peso de que está cargado es igual al de una rebanada cilindrica de agua, cuya base es la sección del tubo y la altura es una division: un peso mayor lo hundirá 20 divisiones, v. g., y equivaldrá al peso de 20 rebanadas iguales á la anterior; luego sabiendo el número de adarmes ó granos que pesa cada uno de estas rebanadas, podremos conocer el peso de los cuerpos que pongamos en el platillo.

8. Despues diremos como se determina el peso de cada rebanada, aunque no tenemos necesidad de saberlo, porque las divisiones de la escala nos manifiestan las relaciones en que están los pesos que pongamos en el platillo, así como no tenemos necesidad de saber cuanto pesa el mercurio contenido en el tubo de un barómetro, para conocer y comparar las diversas presiones del aire: nos basta pues, *fixar con exactitud los puntos de la escala en que está el nivel del agua, antes de cargar el instrumento, y aquel en que se sumerge en virtud de la carga que le pongamos, y á esto solo está reducido su uso.*

9. Supongamos que estando cargado con su peso adicional, el nivel del agua llega justamente al cero de la escala; si en este estado ponemos en el platillo superior un fragmento de caliza espática, v. g., cuyo peso produce una inmersión tal, que el nivel del agua señale la division 54, este número nos manifestará el peso del fragmento en el aire § 7. Si trasladamos despues el fragmento al platillo inferior, la inmersión solo llega á la division 34, y esta division nos indica el peso del mismo fragmento en el agua; luego la diferencia 20 entre ambos pesos, es cabalmente el peso del volumen del agua desalojada por esta inmersión, ó el peso que perdió el fragmento en la segunda operacion. Basta dividir 54, peso del fragmento en el aire, por 20, que es lo que perdió en el agua, el cociente 2, 7 nos manifiesta el peso específico de la caliza espática: de este sencillo modo se procede en los demas casos.

10. Facilmente se nota que el peso adicional puede ser mayor de lo que hemos supuesto,

sin que esto altere los datos, porque si en vez de sumergir el instrumento hasta el cero, lo hubiese llevado hasta la division 8, v. g., entónces el mismo fragmento de caliza espática lo habria sumergido, no hasta el 54, sino hasta el 62, y siempre su peso en el aire seria el mismo que ántes, esto es,  $62 - 8 = 54$ : lo mismo se verifica en el peso dentro del agua: en este caso, la inmersión no seria hasta el 34, sino que subiria al 42, y la pérdida tambien seria igual á la anterior, esto es,  $62 - 42 = 20$ ; esta es una de las ventajas del instrumento, que no necesita llevarlo á un punto determinado, sino solo notar las divisiones de la escala que señala el nivel del agua, como dijimos en el § 8.

11. Si quitamos del platillo superior no solo el cuerpo que se ha pesado, sino tambien el peso adicional, el instrumento se levantará hasta dejar fuera del nivel del agua el platillo superior, y de esta construcción resulta la comodidad de poder colocar el cuerpo en este platillo sin sacar todo el instrumento del agua, y sin esponerse á que en la segunda inmersión se peguen algunas ampollas de aire, que no habia en la primera, como suele suceder en la balanza de Nicholson, lo cual altera los resultados.

12. El nivel del agua deja siempre alguna incertidumbre en la determinación del punto preciso (de la escala) á que llega, principalmente cuando le toca señalar partes de una division, y en su lugar podemos emplear otro índice mucho mas exacto, y cuya sencillez lo recomienda para usarlo constantemente; consiste en colocar dos hebras de seda (fig. 3.<sup>a</sup>) *ab*, *cd*, bien estiradas, ó mejor de alambre, que llaman de pelo, en puntos opuestos, del borde *rs* de la caja, de manera que abracen el tubo de cristal sin forzarlo, y pueda andar libremente en medio de ellas, para lo cual sirven los bolicitos *mn*, soldados de firme en la caja, y las pequeñas ranuras *ac* *bd*, hechas en el mismo borde: entónces observando por el hueco *rs*, que tiene de alto cerca de dos líneas, y de largo una pulgada, el plano de las hebras al mismo tiempo que la escala, la hebra de esta del lado del observador señala las divisiones y partes de cada una á que llega la inmersión, y por este medio si la escala es de milímetros, se puede apreciar á simple vista la quinta parte de cada una ó de dos en dos milímetros, lo que equivale en el instrumento de que me sirvo á un peso de 0, 3 de grano. Es cierto que este medio señala el punto de partida un poco mas arriba del cero de la escala; pero como hemos visto, (párrafo 10,) esto no altera en nada los resultados.

13. Hasta aquí solo hemos hablado del modo de pesar cuerpos, cuya gravedad específica es mayor que la del agua; nos resta, pues, considerar otros dos casos que puedan ocurrir, y son aquellos en que la gravedad específica del cuerpo es igual á la del agua, ó menor.

Si conociendo el peso de un cuerpo en el aire, v. g., 24, lo pesamos en el agua, y la inmersión llega cabalmente al cero, en este caso diremos que ha perdido todo su peso, ó que este es igual al volumen de agua que desaloja, porque la diferencia entre cero y 24, es 24, y su gravedad específica es igual á 24 dividido por  $24 - 1 =$  gravedad del agua. Pero si en vez de llegar la segunda inmersión al cero se hubiese quedado 6 líneas debajo de este punto, suponiendo que la escala tuviese divisiones negativas, esto es, que se continuasen debajo de cero, esto nos indicaria que el volumen desalojado de agua pesa mas que el cuerpo, porque no solo pierde los 24 de su peso, sino que ademas hace perder 6 al instrumento, con quien forma un todo, y la diferencia entre  $\pm 24$  que pesa en el aire, y  $- 6$  que pesa en el agua, observando las reglas de los signos, es  $\pm 30$ : dividiendo, pues, 24 por 30, se tiene 0, 8, esto es, que la gravedad específica del cuerpo es menor que la del agua.

No hemos puesto en la escala divisiones negativas, porque se aumentaria mucho el cuello del instrumento; y ademas de otros inconvenientes, traeria el de hacerlo mas voluminoso; no hay, pues, necesidad de estas divisiones, si atendemos á que aumentando el peso adicional, se puede sumergir la mayor parte de la escala, para que despues la haga salir el cuerpo que ponemos en el agua, y por este sencillo procedimiento podemos decir que sin alterar el tamaño de nuestra escala, la hemos duplicado. Un ejemplo aclarará este caso.

Supongamos que un pedasito de madera de encino pesa en el aire 36: quitándole del platillo superior y aumentando el peso adicional con otra chapita de plomo, haremos hundir la escala hasta el 60, v. g.; notando este punto, que podemos considerar como si fuera el cero de la escala, y pesando despues la madera en el agua, la inmersión solo llega al 48, esto es, ha hecho salir 12 divisiones, las cuales ciertamente corresponden debajo del cero: la diferencia, pues, entre  $\pm 36$ , peso del encino en el aire, y  $- 12$  su peso en el agua, es  $\pm 48$ : dividiendo 36 por 48 resulta al cociente 0, 88, que es la gravedad específica del encino, y este procedimiento se observará en los demas casos.

Si estando el instrumento en cero le carga-

mos pesos conocidos, como adarmes y granos, ó 108 granos se sumerge 54 divisiones, cada una podremos saber el peso á que corresponde cada division de las que se han sumergido, dividiendo el número de adarmes y granos por el de divisiones. Así, pues, si con tres adarmes

## AVENTURAS NOCTURNAS.

TENGO yo un libro de memorias curioso, si los hay, libro sin hojas, y por consiguiente, sin letras: libro que leo cuando quiero y donde quiero, y que tengo precisamente en mi mollera y en las molleras de todos los hijos que haya parido madre; libro chusco, gracioso, picante, anónimo, libro mejor que todos los libros.—Pues señor, de este libro á fól... el fólío no nos importa, de ese libro, digo, tomé una historia que voy á espetar al que quiera leerla; historia de este año, aunque se duda si es de este siglo—en fin, historia curiosa y divertida de lo que pasó entre un elegante y un viejo camandulero y la hija del vecino y la planchadora del barrio y la espada del sereno.

Voy al cuento: es el caso, que frente á mi casa vive un señorón, (ya V. dirá donde vivo, que será precisamente frente á frente del señorón á quien V. caritativamente aplique el cuento), ya entrado en años, de esos señores que pasan su vida pasando la vida, que no hacen ni á Dios ni al diablo, y que tiran cada año los dos tercios de sus rentas y guardan sin pensarlo el otro tercio, y la fuente de estos tercios para el gracioso heredero, que en nuestro caso es como si dijéramos que los guardaba para una hermosísima sirena y un apuesto doncel, cuyos jóvenes eran la sucesion que al buen señor le había dado la gentil y escrupulosa Doña Rita, que es su esposa. Y con estos jóvenes acontecia lo que de ordinario acontece á todos esos *ijosdalgos*, suponiendo que estos *algos* son dineros ó talegos henchidos de dineros; digo que les acontecia, á él, al mozo, al elegante Julio, al hermoso tipo de las modas y del buen tono, y á ella, á la sentimental, patética y romántica Elena, que son los hijos del señor camandulero, lo que es muy frecuente en tales criaturas, y es hallarse con diez y ocho ó veinte años encima, sin tener mas instruccion que una lectura mala, peor escritura y la aritmética que basta

para saber que 8 reales de entrada y un real de cojin en el teatro, suman nueve reales, con otras operaciones semejantes que dejo á la curiosidad de V. para que las indague ó invente.—Aquí pudiera, segun es costumbre, poner en letra gorda con un número 1 encima, esta palabra, Julio, fatídica y terrible como el *Analek* de Victor Hugo en *Nuestra Sra. de Paris*; pero haciéndole á V. gracia de todas estas formulas, le diré cómo el jóven seguia en un todo las costumbres de los elegantes, y era desvergonzado, y jugaba al billar, y concurría al teatro para lucir la casaca, y saludaba á todos, y afectaba (esto es lo principal) estar enamorado y correspondido de la hermosísima Leonor, la hija del ex-ministro de á la vuelta, porque debe V. saber que estos jóvenes, por el bien parecer dicen y afectan, y dejan sospechar y traslucir que tienen amores, y tal vez dicen que son *positivos* con fulana y citana, con el cristianísimo fin de aparecer como *veteranos*, término de una fuerza y signo, de una idea admirable; con lo que consiguen un famoso resultado y es menoscabar lentamente la opinion de fulana y citana.—Tienen tambien por costumbre tener una segunda querida, querida carnal y prosaica, de la que hacen tambien gala y á la que no aman, segun se esplican, aunque para mí tengo por cierto que es la señora de sus pensamientos, y tal vez de sus pesetas. El buen Julio, pues, conformándose con el uso, tenía su querida alta y de tono, y su querida de prosa y corriente: la primera ya he dicho quien es, y la segunda he de decir que se llamaba Leonarda; cuya hermosura de segunda gerarquía y la heroína si se quiere del chusquisimo drama que el apuesto doncel se había forjado en su mente, es de oficio lavandera y la planchadora del barrio; artista, segun algunos que á los artesanos llaman artistas, cortejada por todos los guapos de seis calles á la redonda, ado-

rada de los barberillos de la jurisdiccion y servida por el sereno de la cuadra, que era el preferido entre toda esta turba amorosa, que lo miraba con envidia y le queria mal, por ser el pichón de la inocente paloma que á hurtadillas y en silencio le hacia unas cuantas infidelidades con Julio, al enamorado sereno.

Un escritor *novelizante*, segun he oido decir, pondria aquí un número 2 romano; por epigrafe un verso terrible, y por título *Elena* con sus correspondientes admiraciones; cuya division en actos y capitulos me parece oportuna, y sin embargo, entre esta moda y la de los viejos escritores castellanos que ponian en lugar de todos esos adornos tipográficos un sequisimo, „*mientras esto pasaba en tal parte*” yo no sé por cuál decidirme, y V. pondrá lo que guste, que yo prosigo con mi cuento.—Elena es una muchacha inocente que sabe todas las exigencias del mundo, que tiene un corazon sensible y una alma ardiente, que cifra su felicidad en el amor, porque añada V. las novelas al fuego del corazon y á una imaginacion acalorada, y ya verá V. qué misto sale de tales ingredientes. Digo, pues, que Elena apasionada, sin regla para vivir, porque la buena de Doña Rita la hacia rezar novenas y el complaciente papá la llevaba al teatro, y el amoroso Julio la pintaba... lo que V. quiera; pero ni la mamá Rita, ni el papá cuadragenario, ni el jóven Julio le daban un consejo saludable ni le esplicaban mas deberes que los de la moda. Y esto hacia que ella biciera lo que hacen cien muchachas conocidas mías, tener un amante, que por lo regular es intrépido, y darle citas para el cuarto del portero á la hora que hay visitas, por la noche; en fin, cuando no hay peligro de que los sorprenda algun curioso impertinente.—Ponga V. un número 3; por título *los dos esposos y el aguacero*, y vamos adelante. El camandulero señor y la rezandera esposa habían salido, como lo tenían por costumbre todas las tardes, dejando á la preciosa Elena el cuidado de la casa y al buen Julio el cuidado de su hermanita, y á entrambos el cuidado de lo cuidable. Aconteció, pues, en esta tarde, una ocurrencia frecuentísima en julio y agosto, una ocurrencia admirable sin embargo y digna de admiraciones, es á saber: que cayó de los cielos tal cantidad de agua, que puso intransitables las calles é impidió á todo hijo de vecino andar por esos mundos en mas de cuatro horas; cuyo inconveniente impidió á la curiosa y conyugal pareja volver á casa á la hora regular.—La noche estaba oscura; era una de esas noches en que nos sentimos aterrados, en que

deseamos estar acompañados; una noche de esas que por las impresiones de terror que causan, excitan los nervios y acaloran la imaginativa; noche en fin, admirable y á pedir de boca para la entrevista de una jóven romántica y un amartelado amante. Efectivamente, á eso de las siete de la noche, un jóven envuelto en una capa de hule que se embozaba con mucha gracia, con un sombrerillo de hule tambien y unos zapatos de hule, que no había venido en su coche por no llamar la atencion, se paró frente al balcon de la hermosa Elena, fumando un cigarrillo que solo alumbraba su delicada mano y que servia de contraseña para los amantes.—Acontecia pues, que el azorado Julio, aterrado por la tempestad, maldecia de los rayos y del agua y se lamentaba de no ver en esa noche á la buena Leonarda que le había ofrecido con toda la formalidad posible aguardarle esa noche en el zahuan fronterizo, para irse juntos despues á dar un paseo por las calles de otros barrios. Pasébase el pobre Julio en la pieza oscura en que estaba un balcon; vió el bulto, alegróse el ojo, y comenzó á discurrir sobre la fidelidad heroica de su bien amada Leonarda. A la sazón entró Elena, paróse en el balcon del aposento contiguo, vió aquel cigarro ardiendo, su corazon dió un vuelco, voló á la candela, encendió otro cigarrillo, y haciendo con él una cruz de fuego, corrió á la luz y la sopló. Al moverse el bulto del cigarro, Julio tocó, y creyendo que era Leonarda y que se impacientaba, hizola una seña juzgando que en la oscuridad podria ser visto, dijole en ella que se entráse por la puerta de la calle, y metióse él con grandes precauciones para no ser notado de la hermana. Buscóla diligente, y hallando á una criada le preguntó.—¿Dónde está la niña?—En la dispensa preparando.... —Bien, voy abajo á ver qué tal están las calles, dijo, y se marchó mas que de prisa.—Habrá entrado en el cuarto del portero, se dijo para sí, y sin mas comentarios dirigióse allá. Sus pasos sonaban, y en ese cuarto que servia entónces de un templo, hubieron de soplar la luz y de escabullirse la tierna Elena que ya estaba abajo y su apasionado amante.—El uno bajo la cama, la otra trás el tinajero de la honrada muger del incorruptible portero. Entra Julio, y perdido en la oscuridad tiende sus brazos sin hablar, busca con las manos á la bella Leonarda, da unos pasos.... El silencio era sepulcral, el jóven no es muy valiente y se queda sin habla.—Oyense pasos, los tres actores de tan terrible drama se estremecen; alguien ha entrado; es la buena Leonarda á

quien sin saber que estaban Elena y su querido ha permitido que entre la señora portera.— Quédase en pié sin respiracion; de nuevo se abre la puerta y ha entrado alguno, los ocultos hacen ruido, una persona entra dando pasos desmesurados, luego otra.... ¡Están perdidos!—Y aquí pudiera dividir mi capítulo y hacer capítulo nuevo y aun distinto tomo, para conseguir dejar suspensa la curiosidad impertinente del que queriendo saber vidas ajenas se empeña en averiguar el paradero de mis héroes.—Marchemos, que ya estoy fastidiado y protesto no volver jamas á enarrar historias tan largas *magüer* que curiosas.—Suponga V. que dice aquí: *El sereno del barrio. Conclusion*, luego un número 3 y pax-Christi. Escuche V.

El penúltimo que entró en el cuarto tremendo del portero, fué precisamente el buen hombre, que viendo llegar á su amo, iba como fiel servidor á dar un aviso prudente á los niños interesados; mas notólo el viejo, y socarronamente atrapó al criado y cubrióle la boca, y mandó al lacayo que con ellos venia, que cuidase; y á su muger que mirase, por que se temió que fuesen ladrones de la honra de sus hijos, y él voló á traer el sereno y á pedir auxilio bastante. Cuando entró el lacayo y la varonil Rita, Julio se escabulló bajo la cama, y encontrando un rostro y una mano, la apretó y pegó sus labios á los de la vecina, y se quedaron muertos de pavor y sin respiracion; el lacayo que habia entrado, sintió junto á sí á una muger, y creyendo que era la *Leonarda*, tomóla en sus brazos, aprovechando como sabio aquellos momentos, y la pobre muger viendo que era su pareja, estrechóse con ella y agrupóse con él, y presentó su frente, en la que recibió un ardiente beso: otra persona se ocultó tras el tinajero. La pobre vieja Rita que oyó ruidos tan estraños y tan temerosos, corria hácia la puerta, al tiempo que el sereno y el viejo señoron y otras gentes venian apretados al combate; junto á la puerta estaba el tinajero, y á sus piés un pavo ó *siquier* guajolote, que confuso de tan raras escenas, estremeciése y tendió las alas, lo cual visto por el sereno que á pesar de su oficio no es un héroe

en achaque de valor, imaginándose que era cabeza humana, tiró del sable, y descargó tal golpe, que hizo caer el tinajero, rodando las cazuelas y las ollas, de cuyo centro salió un grito terrible que obligó á abrir tamaños ojos á toda la comparsa de este desenlace espantoso, y hallóse el elegante Julio junto á su presunto cuñado, apretando la mano del amante de Elena, y con sus lábios cocidos en la hermosa cabellera del enamorado; vióse Elena en los brazos de su lacayo, que desmayada de placer, conservaba aun la boca sobre la frente de su linda ama, y la vieja Rita y el camandulero señor azorados con el tajo terrible y el chillido agudísimo, dieron un paso atrás, colocándose tras de la puerta, y la infeliz *Leonarda*, victima de las descumunales uñas del azorado pavo, saltó en pié lijera como un gamo, quizo huir, tropezó con el sereno, que asustado tiró el farol, matándole la luz; y temiendo quizá una ofensa grave del atrevido que le habia asaltado, se asió de él fuertemente y dió un grito; el señoron pedía luz, la anciana *Rita* clamaba por el confesor, el sereno soplabá en su agudo pelo, y Elena.... Elena se escabulló sin reñir al lacayo, y el amante se escurrió por una ventana y Julio se hizo paso por entre el sereno y su presa, y la presa del sereno le dió un beso y echó á correr calle arriba, y mientras volvió Julio con los criados y con luces, su padre le habló: ¿Y Elena?—Está arriba.—Nos han querido robar, Julio.—¿Es posible?—Sí, mañana comprarás un par de cajas de fierro para guardar las alhajas y el dinero....

De entónces acá el lacayo á solas estrecha la mano de la niña entre las suyas, y se ha unido con el portero y con la esposa del portero, con el piadoso objeto de engañar á los cuidadosos y diligentes padres; Julio ha traído de recamarera á su casa á *Leonarda*, y es fama que desde esa noche no ha vuelto á notarse jamas ruido ni cosa ninguna que altere el sosiego de la familia; es fama tambien que todo ha quedado en silencio, aunque yo me sospecho y me creo que no han acabado las citas y las aventuras, ni los lances de portero y de planchadora que le ha contado á V. el hablador.—ANÓNIMO,



## TRISTEZA Y CONSUELO.

### Á MI AMIGO AGUSTIN A. FRANCO.

¿Has sentido, amigo mio,  
deslizarse por tu frente  
un pensamiento sombrío  
como en las noches de esto  
cruza exhalacion luciente?

¿Al que no se ve llegar  
ni se sabe lo que fué;  
pero que deja al cruzar  
una huella de pesar,  
un horrible *no se qué*?

Oprimido el corazon  
abrumada la cabeza  
por una estraña afliccion,  
sin penetrar la razon  
que motiva tu tristeza?

Si alguna vez agobiado  
te viste, amigo, cual yo,  
y si tu pecho abrasado  
alguna vez se ha encontrado  
como el mio se encontró.

Comprenderás mi tormento  
igual al que tú has sentido,  
que mi horrible sufrimiento  
no puede ser comprendido  
por felice pensamiento.

Y no se puede entender  
de un alma el amargo duelo  
sin sentir, sin padecer,  
sin llanto triste verter  
y verterlo sin consuelo.

No me es posible explicar  
lo que tengo en lo interior;  
ya me siento desmayar

y ya me siento incendiar  
con un fuego abrasador.

Ay! La vida del mortal  
es vida triste, enojosa;  
un tormento sin igual,  
un siglo entero de mal  
por una hora deliciosa.

Cuando el mal es conocido  
puede remedio buscarse  
y al corazon que está herido  
dulce bálsamo aplicarse  
que haga olvidar lo sufrido.

Y alivia el dolor; mas cuando  
sin motivo sufre el alma,  
la mente va delirando  
treguas á su mal buscando,  
buscando en vano la calma.

Que afanarse por hallar  
camino en tal confusion,  
es echarse á navegar  
en un proceloso mar  
sin brújula ni timon.

Pero en sueño de ventura  
me adormeceré quizá,  
cuando con mano segura  
la muerte rompa la impura  
prision en que el alma está,

Y rota ya la cadena  
que al espíritu oprimió  
en esta mansion terrena  
vuele á la estancia serena  
por la que tanto anheló,

Y á los pies del trono santo  
en que brilla su criador,  
deponga la triste el llanto  
y entone armonioso canto  
como el ángel del Señor.

Espera, espera alma mia,  
no te agobie el padecer  
y mientras llega ese día,  
contempla con alegría  
lo que entónces has de ver

De la vida los dolores  
vengan en buen hora á mí,  
que una corona de flores  
ángeles consoladores  
pondrán en mi sien allí.

Si lo que siento has sentido  
y padeces como yo,  
si ora ardiente, ora abatido  
como mi pecho ha latido  
tambien tu pecho latió.

Levanta tu vista al cielo  
y fijos en él tus ojos  
sentirán blando consuelo  
que no se prueba en el suelo  
donde todo causa enojos.

MARIANO ESTEVA Y ULÍBARRI.

Merece salir engañado, el que al hacer un beneficio tenia cuenta con la recompensa.

Es señal de poco saber contradecir á los que saben.

Buffon definió el genio: *una gran paciencia.*

**BOLA INGLESA.**

Ingredientes: una botella de vinagre fino, cuatro onzas de humo de marfil, dos onzas de azúcar, dos onzas de goma arábica, una onza ácido sulfúrico, una onza de muriático. Primeramente se echa el negro de marfil en el vinagre, y despues de incorporarlo bien, revolviéndolo, se agregarán los ingredientes: la azúcar y la goma se disolverán ántes en un poco de agua.—(MANUEL D'ECONOMIE DOMESTIQUE.)

Tómense cuatro onzas de miga de pan, dos de manteca y una de nitrato de mercurio cristalizado y en polvo. Hágase de todo una masa; y formando de ella píldoras, pónganse en el lugar donde concurren las ratas y se destruirán á centenares.



La viñeta que va al frente de este artículo, la que está en la página 143, la del calce de la 228, y la figura del gravímetro que hemos insertado en la 274, son obra de un jóven paisano nuestro, que por afición se ha dedicado al encantador arte del grabado. Nuestros lectores verán con placer la rapidez con que se van difundiendo los conocimientos de esta clase entre nosotros, y su satisfacción se aumentará mucho mas si les añadimos que los grabados están hechos en *madera mexicana*. Muy sensible nos es que la estremada modestia del Sr.\*\*\* nos impida publicar su nombre, y que solamente estemos autorizados para asegurar á los suscritores del Liceo, que nuestras columnas se verán en lo de adelante adornadas algunas veces por su diestro buril.

Reciba, pues, el Sr.\*\*\* esta sincera manifestacion de nuestro reconocimiento, y el justo elogio que tributamos á su mérito. Nosotros, que á pesar de la insignificante posicion que nos ha cabido en suerte, anhelamos como el que más, los adelantamientos de nuestra querida y desgraciada patria, deseamos que muchos de nuestros compatriotas sigan su ejemplo. Solamente de esa manera podrá llegar el día en que el Anáhuac coronado con la brillante aureola de las ciencias y las artes, nada tenga que envidiar á la culta y orgullosa Europa.—RR.

Solamente debemos leer para ayudarnos á pensar.

Para alcanzar la sabiduría, el camino de los preceptos es largo y el de los ejemplos corto.

Roma era un barco defendido de la tempestad con estas dos anclas: La religion y las costumbres.

Las repúblicas se arruinan con el lujo; las monarquías con la pobreza.



**SALMO CIII.**

ALABE á Dios mi mente.  
Es sublime, Señor mi Dios, tu alteza;  
de gloria te adornaste y de belleza,  
y de luz te vestiste  
pura y resplandeciente;  
los cielos estendiste  
cual pabellon lucido en un momento,  
y en ellos á las aguas diste asiento.

Por los vientos llevado  
en blandas alas y en ligero vuelo,  
discurres por el ámbito del cielo  
sobre fulgentes nubes,  
servido y rodeado  
de ángeles y querubes,  
que tus órdenes cumplen obedientes,  
mas pronto que relámpagos ardientes.

La tierra estableciste  
sobre su firme y sólido cimiento;  
los siglos pasarán de ciento en ciento,  
y no será inclinada;  
las aguas estendiste  
en su faz dilatada;  
abismos insondables la cubrian,  
y los montes mas altos sumergian.

Pero al oír tu acento,  
huyen con rapidéz precipitadas  
del trueno de tu voz amedrentadas;  
los montes se acrecientan,  
y en torno de su asiento  
los valles se presentan;  
tu diestra omnipotente el mar encierra,  
y le prohibes inundar la tierra.

Haces brotar las fuentes,  
que en medio de los montes despeñadas,  
descienden murmurando á las cañadas;  
las bestias calurosas  
beben en sus corrientes;  
y las aves hermosas  
en los quebrados riscos esparcidas  
sus cantares repiten complacidas.

Tú desde las alturas  
riegas tambien las cumbres de la sierra,  
colmas de dones la agostada tierra,  
das yerbas al ganado,  
y al hombre le procuras  
el trigo regalado,  
el vino que le alegra y fortalece,  
y el aceite que le unge y embellece.

Los cedros que tu mano  
en el bosque plantó, crecen erguidos;  
los pájaros allí forman sus nidos;  
los guía y los enseña,  
animando temprano,  
la prudente cigüeña;  
al ciervo dan los montes acogida,  
y al eriso la piedra carcomida.

Los tiempos señalaste,  
dando á la luna su reglado paso;  
hiciste conocer al sol su ocaso;  
las tinieblas oscuras  
de la noche creaste;  
en ella andan seguras  
las fieras, procurando su alimento,  
y rugiendo el Leon pide sustento.

Vuelve el sol al oriente;  
las fieras de temor sobrecogidas,  
se ocultan otra vez en sus guaridas;  
entonces empeñoso  
el hombre diligente  
sale de su reposo,  
á obrar y trabajar durante el dia,  
hasta la vuelta de la noche umbri.

¡Grandes obras hiciste!  
lleno está de ellas el estenso mundo,  
y en todas brilla tu saber profundo:  
multitud incontable  
de animales pusiste  
en el mar insondable;  
monstruos que burlan su poder insano,  
naves que surcan su apacible llano.

Y todos de tí esperan  
el preciso sustento con que viven;  
pues de tí solamente le reciben:  
cuando tu mano estiendes,  
venturosos prosperan;  
mas si no les atiendes,  
si apartas indignado tu semblante;  
se turban y estremecen al instante.

Tulancingo marzo de 1844.—NICOLAS GARCIA DE SAN VICENTE.

Tornan al polvo inmundo,  
si de ellos el espíritu desvias;  
mas si tu soplo creador envias,  
los sacas de la nada,  
y la ancha faz del mundo  
es luego renovada.  
¡Gloria den al Señor eternamente  
las obras de su brazo omnipotente!

La tierra es conmovida,  
si él la mira con ojos indignados;  
y los montes humean abrasados,  
si los toca su mano.  
Mi alma agradecida  
su poder soberano  
ensalzará con gozo y complacencia,  
mientras yo tenga vida y existencia.

¡Ojalá mis loores  
y mis cantos merezcan agradarle,  
como yo me deleito en alabarle!  
Perezcan y se acaben  
todos los pecadores  
que su nombre no alaben.  
Tú, bendice al Señor, ó alma mía,  
canta sus alabanzas noche y dia.

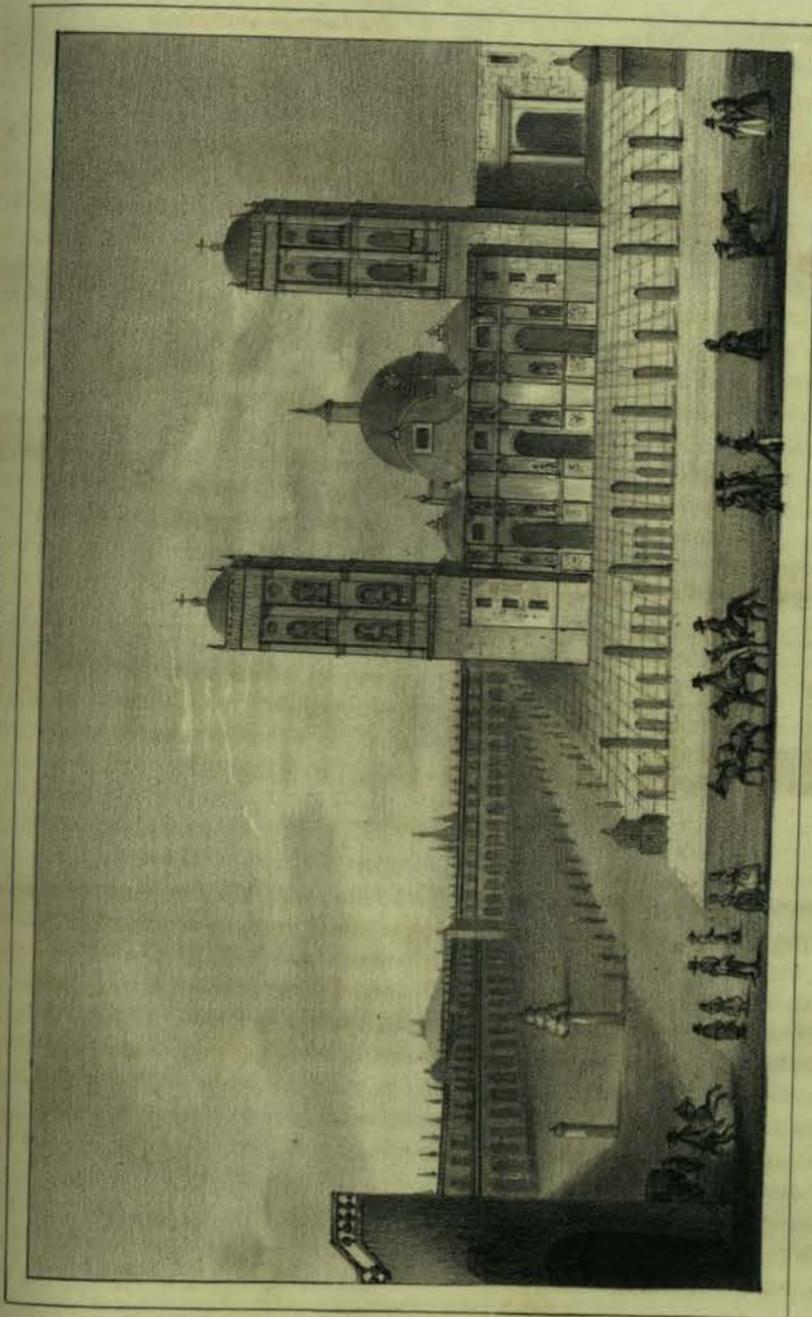
## LA CATEDRAL DE PUEBLA. (1)

El primer templo donde se le tributó al Señor la adoracion que le es debida en esta ciudad, se fabricó el año de 1531, en la plaza mayor, en la mediania del portal que llaman de Borja, cuya primer piedra puso el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga: mas habiendo dado permiso al corregidor Fernando de Algueta, para que fabricara casas unidas á la Iglesia, al lado que corresponde á la calle de la Santisima; y á Alonso Gonzalez para que las construyera á la parte correspondiente á la calle de los herreros, cuya licencia se estendia á edificar portales, de ahí es que la iglesia quedaba en me-

dio. Pero como dichos vecinos no hicieron sus portales bajo una misma altura, de esto resultó que cuando deshicieron este primer templo para regularizar la plaza y continuaron el portal, quedara este con la deformidad que se le nota, de estar una parte mas baja que el resto. Se advierte tambien que las columnas que soportan sus arcos no son iguales, pues los capiteles de las de la mediania tienen unas mal formadas volutas, y el espacio que estas ocupan eran puntualmente el que ocupaba la iglesia.

En la sacristia de esta se hizo una junta el dia 16 de mayo de 1535, á que concurrieron cin-

(1) Comenzamos á publicar hoy la descripción de la Catedral de Puebla hecha por el justamente acreditado artista D. José Manso, y que tuvo la bondad de proporcionarnos un amigo nuestro. Nuestros suscritores verán que es la mas completa noticia que de este edificio se ha dado hasta hoy en México, pues reúne á las buenas descripciones arquitectónicas, curiosas noticias de pinturas, esculturas, y cuanto curioso se halla en dicho templo. No estará de mas advertir aquí que nosotros damos completo el manuscrito de que parece se extraxó la noticia que del mismo templo se ha publicado ya en otra parte, pues no hay duda en que ofrecerá mas interés.



Rico Mexicano.

LA CATEDRAL DE PUEBLA.